

ECONOMÍA Y SOCIEDAD. POLIS Y BASILEIA. LOS FUNDAMENTOS DE LA REFLEXIÓN HISTORIO- GRÁFICA DE JENOFONTE

D. Plácido

Como fuente para el conocimiento de su época, Jenofonte se encuentra en una situación privilegiada, gracias tanto a la variedad de sus escritos como al hecho preciso de ofrecernos diversos tipos de reflexión, historiográfica, sobre el final y las consecuencias de la guerra del Peloponeso, filosófica, en torno a los movimientos más importantes desde el punto de vista intelectual, económica, acerca de la situación resultante del final del segundo intento de imperio por parte de Atenas, y política, al preocuparse por el papel del individuo en los momentos previos al desarrollo de las monarquías helénicas. Ello permite formar una idea global sobre la compleja realidad de la primera mitad del siglo IV a.C.

I

El resultado inmediato de la guerra del Peloponeso, para Atenas, fue el establecimiento del régimen de los Treinta Tiranos, es decir, el final de la democracia. Aparentemente, poco después, esta última fue restaurada. Con todo, las transformaciones profundas ocasionadas por la guerra pasaron a manifestarse, en el campo institucional, de los modos más diversos y a tra-

vés de procesos no siempre lineales. De hecho, la situación en que el demos había vivido durante el apogeo de la democracia era irreplicable, pero, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia impedía la eliminación total de las formas democráticas. Cuando tal eliminación se había intentado por los Treinta, había resultado un fracaso debido a sus repercusiones incluso dentro de la propia clase dominante¹. De ahí la importancia de cómo podía llevarse a cabo la restauración democrática y cuáles podían ser sus límites, debate que informa todo el pensamiento político de la primera mitad del siglo IV.

En el año 403/2, dentro de dicho proceso de restauración democrática, subsiguiente a la caída del régimen de los Treinta Tiranos, se promulgó el decreto de Tisámeno, citado con desprecio por Lisias (XXX, 28), comentado por Andócides, I, *Misterios* (81-87), de acuerdo con el cual ningún *pséphisma* de la boulé ni del demos tendría más autoridad (Κυριώτερον εἶναι) que un *nómos*. Era uno de los procedimientos por los que, teóricamente, se volvía a las tradiciones patrias tras los denominados excesos de la democracia imperialista de la época de la guerra del Peloponeso. En realidad, nada permite atribuir a las tradiciones solonianas lo que para los restauradores del final del siglo V constituía una vuelta a la *patrios politeia*. Las fuentes del siglo IV tienden a atribuir a Solón lo que pretenden asentar sobre fundamentos sólidos a base de identificarlo con la tradición². Sólo a partir de 403/2 puede hablarse de una diferenciación clara entre *pséphisma* y *nómos*, como producto, respectivamente, de la labor de la *ekklesia* y de la del cuerpo de *nomothétai* introducido en la legislación mencionada³. M. H. Hansen es el autor que ha desarrollado de forma más explícita las consecuencias que para la democracia ateniense del siglo IV tuvo tal distinción, pues de hecho significó una reducción del papel del demos, como protagonista de la legislación que afectaba a la política general interna de la ciudad, paralela a la afirmación del papel de los *nomothétai*⁴. La restauración democrática, y su teórica vuelta a las tradiciones patrias, significaba de hecho el intento de reducir el papel legislador de la asamblea, dentro de una atmósfera conflictiva en que no siempre quedan claros los resultados reales de la legislación. En cualquier caso, toda reducción numérica del organismo legislador fomenta el hecho de que sean menos generales los intereses de las minorías.

¹ D. Plácido, «Platón y la guerra del Peloponeso», *Gerión* 3, 1985, 43-62.

² M. H. Hansen, «The Athenian *Heliastia* from Solon to Aristotle», *CetM* 33, 1981 = 1982, pp. 38-39.

³ D. M. MacDowell, «Law-Making at Athens in the Fourth Century B.C.», *JHS* 95, 1975, pp. 62 y 73-74; M. H. Hansen, «*Demos*, *Ecclesia* and *Dicasterion* in Classical Athens», *GRBS*, 1978, 127-46; sobre todo, p. 145. P. J. Rhodes, «Athenian democracy after 403 B.C.», *CJ* 75, 1980, p. 306, cree que la diferencia pertenece más al mundo de los filósofos e intelectuales en general que a la práctica política. Tal vez habría que relacionar ambos procesos entre sí y atribuir la práctica legislativa a la atmósfera intelectual y ésta al proceso de la realidad que se plasmaba en la práctica legislativa. Ver, también, «*Nomothesia* in Fourth-Century Athens», *CQ* 35, 1984, 55-60.

⁴ «*Nomos* and *Psephisma* in Fourth-Century Athens», *GRBS* 19, 1978, pp. 321-2; 324, 329, «Did The Athenian *Ecclesia* Legislate after 403/2 B.C.», 2 *GRBS* 20, 1979, pp. 39, 52-53; *The Athenian Assembly*, Oxford, B. Blackwell, 1987, pp. 98 ss., 129.

Sin embargo, el proceso no resulta ser lineal y la dinámica de acción y resistencia permanece, al parecer, vigente. De hecho, por el momento, no se conoce ningún resultado concreto de esta norma hasta el año 375/4, gracias a una ley descubierta hace relativamente poco tiempo ⁵, que se refiere a la moneda de plata. No es posible sacar conclusiones de la falta de datos. De hecho, hasta que este descubrimiento tuvo lugar, sólo podían datarse leyes atribuidas a los *nomothétai* a partir del año 353 ⁶. De todos modos, puede atribuirse tal carácter esporádico a los elementos conflictivos presentes en esta forma de legislación, denostada por Lisias y alabada por Andócides, es decir, objeto de polémica entre los oradores preocupados por la marcha de las relaciones entre los ciudadanos, con posturas antagónicas entre ellos. En la ley de 375/4, no sólo el encabezamiento viene expresado con la fórmula ἔδοξε τοῖς νομοθέταις, sino que, en las líneas 55-56, se establece expresamente el carácter prevalente de este *nómos* con respecto a cualquier *pséphisma* anterior que pudiera contradecirlo ⁷. La ley abre diversas perspectivas y suscita variadas controversias en algunos campos del conocimiento histórico, desde los aspectos judiciales ⁸, hasta los relativos a las relaciones entre ciudades en el campo de la circulación monetaria ⁹. Existen también diversas conjeturas epigráficas que alteran las posibles interpretaciones de la inscripción como dato para conocer la realidad histórica ¹⁰.

El objetivo de la ley estriba en regular el funcionamiento de la moneda ática, para lo que se establecen funcionarios encargados de comprobar su legitimidad y se fijan castigos para quien no la acepte una vez comprobada. Para Stroud ¹¹, el problema que impulsa al legislador se encuentra en las abundantes falsificaciones, por otra parte detectables en los yacimientos monetarios de la época. Giovannini ¹² cree que se trata de un efecto más de las acuñaciones rebajadas de finales de la guerra del Peloponeso. Ahora ya sería el momento de eliminarlas definitivamente del mercado. Para otros autores ¹³, se trata

⁵ R. S. Stroud, «Au Athenian Law ou Silver Coinage», *Hesperia* 43, 1974, 157-188.

⁶ MacDowell, *Op. cit.*, p. 63.

⁷ Cf. Stroud, p. 184.

⁸ Ver, por ejemplo P. Gauthier, «Sur une clause pénale de la loi athénienne relative à la monnaie d'argent», *RPh* 52, 1978, 32-36.

⁹ E. Ercolani Cocchi, «Il controllo statale sulla circolazione di moneta straniera nelle città greche», *RSA* 12, 1982, 53-59.

¹⁰ Ver, J. y L. Robert, *Bull. Ep.*, *REG* 1976, n.º 190; 1977, núms. 146-148; 1980, n.º 195; 1982, n.º 154; 1983, núms. 147-149. También, F. Bourriot, «Note sur le texte de la loi Athénienne de 375/4 concernant la circulation monétaire (Loi de Nicophon)», *ZPE* 50, 1983, 275-282 y R. Bogaert, *Epigraphica III*. Leiden, Brill, 1976, n.º 21, pp. 23-25.

¹¹ *Cit.*, p. 185.

¹² A. Giovannini, «Athenian Currency in the Late Fifth and Early Fourth Century B.C.», *GRBS* 16, 1975, pp. 191 ss. Cf. J. H. Kroll, «Aristophanes *ponerá chalkía*: A Reply», *GRBS* 17, 1976, 329-341.

¹³ T. V. Buttrey, «The Athenian Currency Law of 375/4 B.C.», *Essays in Honor of M. Thompson Greek Numismatic and Archaeology*, Weterem, NR, 1979, 33-45. C. F. F. Sokolowsky, «The Athenian Law concerning Silver Currency (375/4 B.C.)», *BCH* 100, 1976, 511-515, que, a través de una enmienda, cree que también se admitía la acuñada fuera de Atenas siempre que mediara un pacto legal. La conjetura de Bourriot, *cit.* en cambio, pretende demostrar que sólo se rechazan claramente las imitaciones acuñadas en el extranjero y las falsificaciones.

simplemente de proteger la moneda ática frente a acuñaciones extranjeras, algunas de ellas con los mismos caracteres que las de Atenas.

Si bien todos estos problemas responden a la realidad del momento, en que hay falsificaciones, acuñaciones externas, moneda rebajada ática, etc., resulta especialmente importante destacar que, en las líneas 3-4, se ordena la aceptación de la moneda ática, una vez comprobada su legitimidad, y que, en las líneas 16-18, se establece la confiscación de la mercancía para quien no la acepte ¹⁴. Resulta por tanto que la ley pretende forzar a la circulación de una moneda una vez que ya se ha comprobado que es válida, es decir, que la prestigiosa moneda de plata ática, incluso cuando se ha verificado legalmente su autenticidad, requiere el respaldo coactivo de la ley para ser aceptada en el ágora y en el Pireo. Tal constatación sin duda plantea algunos problemas sobre la realidad económica de la Atenas de ese momento ¹⁵. Como primera constatación, es preciso destacar la existencia de una ley de carácter nomotético que impone condiciones en la circulación de la moneda dentro de la propia ciudad de Atenas.

La explicación de Giovannini citada hacía referencia principalmente a acuñaciones oficiales rebajadas con motivo de la crisis de la guerra del Peloponeso, que en las comedias de Aristófanes se comparan con los malos políticos. Ambos fenómenos serían resultado del mismo tipo de problemas. Acuñación devaluada y malos políticos serían resultado de la situación de guerra que favorece a los *poneroí*. La restauración democrática también trataba de volver a lo que se consideraba la acuñación soloniana ¹⁶. La teoría restauradora requería en realidad una remodelación social de la ciudadanía que acabara con los *poneroí* en varios terrenos. En la legislación, la ley de 375/4 es un ejemplo formal. En algunos aspectos de fondo también trata de restaurar la legitimidad de la moneda ática. Ahora bien, tal restauración debe verse apoyada por la explotación minera, que ha sufrido una crisis desde finales de la guerra del Peloponeso, por lo menos desde la fuga de esclavos que aprovecharon la ocupación espartana durante la guerra decélica. El conocimiento de la recuperación en el campo de la explotación minera resulta digno de crédito absoluto a partir del año 367/6. M. Crosby ¹⁷ reunió en 1950 las inscripciones que hacen referencia al arriendo de las minas por los poletas, que se concentran justamente entre los años 367 y 307, en lo que a fechas conocidas se refiere ¹⁸. Ya es de por sí significativo que sólo para estas fechas críticas se conserve una documentación que parece responder así a una política voluntaria que requiere constatación y difusión. La inscrip-

¹⁴ O. Morkholm, «Some Reflections on the Production and Use of Coinage in Ancient Greece», *Historia* 31, 1982, p. 294.

¹⁵ D. Plácido, «La ley ática de 375/4 a.C. y la política ateniense», *MHA* 4, 1980, pp. 29-30.

¹⁶ Krall, *citado*, p. 341.

¹⁷ M. Crosby, «The Leases of the Laureion Mines», *Hesperia* 19, 1950, 189-312.

¹⁸ Ver p. 190, cf. S. Lauffer, «Prosopographische Bemerkungen zu den Attischen Grubenpachtlisten», *Historia* 6, 1957, 287-308.

ción primera ¹⁹ habla de renovación y, por tanto, de un alquiler anterior, lo que para muchos autores ²⁰ podría significar que, desde tiempos próximos a 375, se había vuelto a la explotación minera. La ley podría así ser el resultado de una política de afirmación económica de la ciudad con el apoyo del relanzamiento de la explotación minera, pero al mismo tiempo con el intento de conservar el valor inalterable de la plata en momentos que parecen reflejar ciertas fluctuaciones. La plata misma sería la que quedaría sometida a fluctuaciones en su valor y no sólo la moneda por causa de la variación en la cantidad de plata que la compone.

Como resultado del largo debate entre primitivistas y modernistas acerca del carácter de la economía antigua, al menos se ha llegado al acuerdo de la especificidad de ésta y de su condición no comparable con la economía capitalista resultante de las evoluciones de los siglos pasados. Sin embargo, los análisis precisos de los textos y de las distintas realidades económicas han llevado a planteamientos mucho más matizados, en que no es fácil adoptar actitudes monolíticas, especialmente cuando se tiene en cuenta que las realidades pasadas tenían su propio dinamismo y que en ellas se engendraban tensiones y contradicciones que es preciso captar como tales, sin prescindir de ellas para establecer una afirmación aparentemente clarificadora. Que la economía antigua no funcione como la actual no quiere decir que haya que eliminar de ella todo lo que pueda ser similar a los rasgos de esta última. Es evidente que las tensiones inflacionistas actuales son resultado de mecanismos propios de la sociedad capitalista, donde las relaciones entre mercancía y dinero, paralelas a la existencia del trabajo asalariado, no tienen un equivalente comparable dentro del mundo antiguo. Sin embargo, es preciso reconocer que, en los momentos en que las realidades esclavistas antiguas se muestran como dominantes, engendran formas de capital mercantil y funcionamiento del dinero que tienden a crear condiciones que pueden ser mejor comprendidas precisamente desde realidades como las actuales. Al mismo tiempo, es preciso establecer cautelas que impidan la homogeneización falsa de tales realidades. No sólo porque metodológicamente ello pueda llevar a una radical incomprensión de las realidades pasadas y presentes, sino también porque la naturaleza de la sociedad antigua crea las condiciones para definir la total heterogeneidad. Así, dentro del desarrollo de la sociedad esclavista, las tendencias inflacionistas creadas por la economía mercantil, producto de la naturaleza de la misma sociedad esclavista, engendraban contradicciones que, para los propios teóricos de la sociedad antigua, resultaban insalvables y destructoras del sistema de convivencia propio de la ciudad. La conciencia de los antiguos quedaba perpleja ante las realidades

¹⁹ Ver p. 206 = *Hesperia* 10, 1941, p. 14.

²⁰ Por ejemplo, R. J. Hopper, «The Attic Silver Mines in the Fourth century B.C.», *BSA* 48, 1953, pp. 200-204; P. Gauthier, *Un Commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra/Paris, Droz/Minard, 1976, p. 161.

cambiantes. Si, para Aristóteles, el dinero resulta de valor estable, él mismo tiene que reconocer (Et. Nic., 1133b 13-14) que, en verdad, tiende a permanecer aunque no siempre vale lo mismo. Los modos de cambio que caracterizan la economía ática del siglo IV crean la *chrematistiké*, capaz de poner en peligro la *koinonía*, el modo de organizarse propio de la sociedad antigua a través de la polis²¹. En el siglo IV el funcionamiento de la economía ateniense engendra mecanismos capaces de crear alteraciones en el valor de la moneda. La reacción teórica de Aristóteles tiene una correspondencia en la ley de 375/4, como reacción legal, que trata de imponer la aceptación oficial de una moneda de acuerdo con su marca, al margen de las fluctuaciones que puede haber sufrido en el mercado real. La explotación de las minas de plata puede representar una solución de los problemas del Ática si se garantiza la aceptación de la moneda con un valor fijo y sin fluctuaciones. El intervencionismo estatal en la vida económica sólo se justifica dentro de la ciudad antigua en momentos en que la situación crítica puede repercutir en la estabilidad social. En el año 375/4, de los datos conocidos sólo se infiere que puede haber provocado alguna conflictividad la paz de 375 y las vicisitudes que en este momento afectaban a la formación del segundo imperio ateniense, a las que hemos de volver.

En una situación verdaderamente más crítica, que afectaba al fracaso definitivo del segundo imperio, nació la propuesta de solución, completamente intervencionista, expuesta por Jenofonte en los *Poroi* en el año 355. Para poder conservar el sostenimiento del demos sin imperio ni *eisphorá* a cargo de los ricos, es precisa una política de intervención económica del estado en que sean los metecos, los extranjeros y los esclavos quienes provean los medios de subsistencia a través del comercio de importación de mercancías y de la explotación de las minas. Jenofonte confía en que el valor de la plata permanece inalterable (IV, 10), pero también sabe que tal valor depende de la circulación, de que la moneda ática sea aceptada en cualquier puerto (III, 2) y de que exista una demanda infinita (IV, 8-9). El plan de Jenofonte, profundamente coherente²², resultó irrealizable. La realidad monetaria dependía de factores para él incontrolables, previstos y temidos por Aristóteles. La ley de 375/4 pretendía desde el estado también imponer condiciones a la circulación monetaria como alternativa a la *eisphorá* y al imperio. Las realidades económicas marchaban, sin embargo, por caminos complejos. Jenofonte, en su propuesta, se detiene ante el problema de que

²¹ S. Meikle, «Aristotle and The Political Economy of the Polis», *JHS* 99, 1979, 57-73; A. Maffi, «Circolazione monetaria e modelli di scambio de Esiodo ad Aristotele», *Annali Ist. It. Numismatica* 26, 1979, 161-184; E. Will, «Fonctions de la monnaie dans les cités grecques de l'époque classique», *Numismatique antique. Problèmes et méthodes. Actes du Colloque... Nancy... 1971*, Nancy = Lovaina, Peeters, 1975, 233-246; R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, Thames and Hudson, 1979, pp. 118 ss.; D. Plácido, «La ley ática», pp. 36-37; M. I. Finley, «Aristotle and Economic Analysis», *PP* 47, 1970 = *Studies in Ancient Society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974, 26-52.

²² P. Gauthier, *Un commentaire*, citado, *passim*.

incluso la plata puede alterar su valor²³. La ley impone el control para evitar tal alteración. Mossé ha visto cuáles son los límites que impiden a Jenofonte desarrollar su pensamiento económico²⁴.

II

Las dos manifestaciones aludidas se encuadran en los extremos cronológicos de la historia de la segunda confederación ateniense. Las medidas económicas citadas, así como las propuestas de Jenofonte, se desarrollan de modo paralelo, al mismo tiempo que contradictorio, con las vicisitudes del imperio. El valor inalterable de la plata se entiende dentro de una realidad en que existe una demanda infinita²⁵, debida al constante aflujo de productos. Es necesaria la explotación de las minas para la producción de plata, pero la demanda debe estar por encima de la producción. De hecho, poco antes de nuestra ley, la garantía de las importaciones sólo se consigue gracias a la acción militar de Cabrias²⁶. La acción militar era necesaria para garantizar el suministro de los atenienses. La estabilidad de la plata, en correspondencia con una alta producción minera, sólo era real en las circunstancias del antiguo imperio.

Ahora, las circunstancias han cambiado. Los mercaderes, en un mercado no bien atendido, pueden permitirse el lujo de rechazar las monedas áticas en su valor establecido y reconocido por el estado ateniense. La ley trata de impedirlo. Jenofonte intenta establecer una organización sistemática estatal en que tales fluctuaciones no se produzcan. En el plano de la teoría y de la prospectiva intenta ver la forma de que pueda garantizarse la estabilidad.

Todo ello sin imperio. En el caso de Jenofonte, porque prácticamente se ha perdido y él ve esa pérdida con agrado. En el caso de la ley, porque en las circunstancias de la formación del segundo imperio se puso de relieve que traía consigo la conflictividad para la polis. Inmediatamente después de la formación de aquél, los problemas repercutieron en el interior de la ciudad. De modo que, cuando se hizo la paz en 375/4, los atenienses la acogieron con gusto porque se veían libres de la *eisphorá*²⁷. La estabilización del sistema de la *eisphorá* viene a coincidir con la formalización de la segunda liga, constituida sobre la base de que no se iba a reproducir el *phóros* que, durante el imperio del siglo V, se había llegado a convertir en el símbolo de

²³ C. Mossé, «Xénophon économiste», *Le monde grec. Pensée, littérature, histoire, documents. Homages à C. Préaux*. Bruselas. Ed. de l'Université, 1975, pp. 172-3.

²⁴ *Ibid.*, p. 176.

²⁵ P. Gauthier, *Un commentaire*, p. 131.

²⁶ C. H. Wilson, «Athenian Military Finances, 378/7 to the Peace of 375», *Athenaeum* 48, 1970, p. 314.

²⁷ Diodoro, XV, 34, 3; Jenof., *Hel.*, V, 4, 61; Demóst., XX, 77. Ver D. Plácido, «La ley ática», nota 41.

²⁷ Jenofonte, *Hel.*, VI, 2, 1. Ver también D. Plácido, «La ley ática», pp. 31-2; R. Thomsen, *Eisphora: a Study of Direct Taxation in Ancient Athens*. Copenhague, Gyldendad, 1964, pp. 253 ss.; C. Mossé, «Les symmories athéniennes», *Points de vue sur la fiscalité antique*, París, Publications de La Sorbonne, 1979, 31-42.

su interpretación como tiranía. La nueva hegemonía pretendía también prescindir de las cleruquías²⁸. Phoros y cleruquía, los dos elementos que podían hacer del anterior imperio un vehículo de la concordia interna a través del provecho que de ellos podía obtener el demos ateniense, quedan eliminados. Con todo, la capacidad de obstruir los intereses del demos no es total. La historia de Atenas durante la primera mitad del siglo IV muestra oscilaciones que son el reflejo de las tensiones entre la defensa de los intereses del demos y el intento de su obstaculización. Guerra y paz fueron aspiraciones que respondían de modo complejo a tales tensiones.

El funcionamiento de la vida política de la ciudad estado destacaba, sin duda, junto a estas tensiones, el papel de los individuos. Éste era, además, un momento, en que, como veremos, tal papel se ve incrementado. Como individuos, pertenecientes desde luego a las clases más poderosas, no pueden identificarse con el demos de una manera global en ningún caso, pero su modo de actuar responde a realidades en las que están presentes las presiones del demos que en cada caso obtiene respuestas diferentes.

Un caso peculiar, y al mismo tiempo significativo, es el de Timoteo, hombre perteneciente a una familia de las más poderosas económicamente, como prueban las referencias de Demóstenes (XXVII, 7; XXVIII, 11; XXIX, 59), y con tradición en la carrera política, en la figura de su padre, Conón. La tradición familiar era también favorable al restablecimiento del imperio. En gran medida, sin embargo, la acción de Timoteo y su victoria en Alicia debió de colaborar al restablecimiento de una paz que fuera considerada como resultado de la superioridad ateniense²⁹. Su figura pudo asociarse así al altar de Eirene³⁰. Él fue también quien consiguió aumentar el número de aliados, gracias a esa superioridad que acrecentaba el prestigio de la ciudad y su capacidad de atracción. Obra de Timoteo sería el añadido de Corcira, Acarnania y Cefalonia³¹. El imperio se justifica con la paz, ya que no se sigue la guerra contra Esparta, del mismo modo que el primer imperio se justificaba con la paz tras la paz de Calias, a la que precisamente en este momento se le dio una especial resonancia. Sin embargo, el imperio del siglo V en paz tenía garantizados el phoros y la cleruquía, el ejército se abastecía del imperio al que sostenía. Ahora, Timoteo tiene que pedir dinero a Atenas para sostener su abundante flota, necesaria para conservar ese imperio en paz (Jenof. Hel., V, 4, 66). En la expedición del 373, Timoteo se vio obligado a usar ἐκ τῶν κοινῶν συντά-

²⁸ Diodor., XV, 29, 8; N. N. Tod., *A Selection of Greek Historical Inscriptions* (GHI), Oxford University Press, 1962 (repr.), II, 23, 25-31; R. H. Hopper, *Trade*, cit., p. 149 y n. 10.

²⁹ G. L. Cawkwell, «Notes on the Peace of 375/4», *Historia* 12, 1963, pp. 90-91; A. R. Woodhead, «Chabrias, Timotheus and the Aegean Allies», *Phoenix* 16, 1962, 258-266.

³⁰ D. Plácido, «La ley ática», nota 50. Ver *FGHist.* 328F 151, com. de F. Jacoby, Supl. I, p. 526, 9-18. Ver también G. G. Belloni, «Espressioni Iconografiche di 'Eirene' e di 'Pax'», *CISA*, XI (*La pace nel mondo antico*, a cura di M. Sordi, Milán, Publ. dell'Università Cattolice 1985), pp. 128 ss., que pone de relieve en esta imagen la connotación de la riqueza.

³¹ M. N. Tod., cit., n.º 126, l. 14. Ver nota 52.

ξέων ([Dem.], XLIX, 49)³². La confederación tiene que acudir a convertirse en imperio, y la *σύntaxis* en *phoros*, para sostenerse como confederación, sin cargar sobre los ricos de Atenas y provocar la conflictividad social³³. Timoteo fue condenado por romper la paz que había colaborado a consolidar ([Dem.], XLIX, 49, 9), pues, para mantener la paz imperialista se necesita paradójicamente continuar la acción militar. Así respondía a la imagen de Atenas como guardián de la paz del Panegírico, 175, de Isócrates.

Timoteo era, por lo demás uno de esos jefes militares que se servía de tropas mercenarias y, en efecto, más tarde, ejerció como tal a las órdenes del rey de Persia, para volver de nuevo a actuar en Atenas en la década de los 60. Su acción va unida a operaciones económicas complejas. Ya hemos notado sus problemas financieros, puestos de relieve por Jenofonte. También el texto aristotélico denominado Económico cuenta sus estratagemas y, en concreto, la que tuvo que idear en Corcira para pagar a sus soldados (II, 2, 23 = 1350 a 23-b15). El crédito y la relación con los banqueros caracterizan el discurso pseudodemosténico contra Timoteo (XLIX). Sus esfuerzos económicos tienden a solucionar el problema del *misthós* de los soldados (Isócrates, XV, 120). La proliferación de los ejércitos mercenarios trajo consigo un modo de utilización de la moneda que rompía los sistemas tradicionales de su funcionamiento. Aun como producto de la evolución de la sociedad esclavista, gravitaba peligrosamente sobre los fundamentos de la sociedad antigua y tendía a romper la unidad ciudadano-soldado que daba sentido a la polis. El contenido del Económico aristotélico anteriormente citado se considera por Garland³⁴ un ejemplo de uso fiduciario de la moneda introducido por vía militar en las estructuras de la economía antigua. La «estratagema» descrita por Polieno (III, 10, 1) para el año 364, con la que llegar a un acuerdo con los emporoi para que acepten una moneda devaluada con el sello del estratega, abunda en la misma dirección.

III

Varios son los generales que el texto aristotélico cita como autores de distintas estratagemas económicas relacionadas con el mundo militar. La mayoría se refiere a ejércitos mercenarios. Dentro de los jefes destaca la figura de Dionisio de Siracusa, con nueve ejemplos de acciones que pueden encuadrarse dentro de este módulo (Ec., II, 2, 20 a-i = 1349 a 14-1350 a5). Mientras, para unos, un personaje como Dionisio era visto como la esperanza para solucionar los problemas en que se encontraban las ciudades

³² Sobre la fecha del discurso, ver, últimamente, E. M. Harris, «The Date of Apollodorus Speech against Timotheus and its implications for Athenian History and Legal Procedure», *AJPh* 109, 1988, 44-52.

³³ La *Sýntaxis* se hizo evitando el conflicto, según Isócrates, XV, 123, pero según Teopompo (*FGr. Hist.* 115F98), se limitaban a llamar *sýntaxis* al *phoros* porque éste lo soportaban con dificultad.

³⁴ Y. Garland, *War in the ancient World: a Social History*. Londres. Chatto and Windus, 1975, p. 187.

griegas, la alternativa frente a ello, en la opinión de Lisias, se situaba en las posibilidades que Atenas tenía de dominar el mar. El dominio imperialista por parte de la ciudad democrática, en el momento de su fracaso, se enfrenta a políticas de control y manipulación económica unidas a poderes personales creados sobre la base de ejércitos mercenarios alternativos a la participación activa del ciudadano. Por otro lado, los aspirantes a acaparar dentro de la ciudad los poderes personales que la coyuntura ofrece pertenecen a familias aristocráticas, o se encuentran en sus círculos, donde las relaciones de *hetairía* y *philia*, entendidas como lazos de solidaridad con proyección social y política, siguen vigentes y sirven como elemento aglutinante de las agrupaciones que apoyan al individuo sobresaliente. Las mismas relaciones son las que se configuran en torno a las escuelas de tipo filosófico³⁵. Durante un período más o menos largo, las escuelas conservan las esperanzas en la solución interna, pero poco a poco se va fraguando otra expectativa centrada en la solución que viene de fuera con las características propias del poder personal: Isócrates, cuando no puede confiar en Timoteo, pasa a hacerlo en Dion antes de pasar a Filipo³⁶. La situación es tal que ni el sistema democrático es capaz de reproducción dentro de las condiciones históricas del siglo IV, en que Atenas carece de las ventajas que proporcionaba el imperio del siglo V, cuyo intento de reconstitución resulta más conflictivo que apto para solucionar los conflictos, ni la oligarquía tiene en sí misma la fuerza suficiente para abolir los derechos del *demos*, pues todo intento provoca reacciones y sólo se alcanzan medidas más o menos enmascaradas, como fue la disminución de la capacidad legislativa de la asamblea. Con todo, el *demos* ve su libertad en peligro, lo que hace imposible el cese de los conflictos internos. A lo largo del siglo IV, de una manera general, con muchas alteraciones, el *demos* conserva todavía su capacidad de resistencia. Una de las armas era la recuperación del imperio, lo que ahora se lleva a cabo a través de ejércitos mercenarios económicamente costosos, pero además susceptibles de crear poderes personales y mecanismos financieros productores de crisis dentro de la polis. De hecho, en consonancia con los intereses dominantes, más que a la guerra entre ciudades, los ejércitos mercenarios dedican predominantemente sus esfuerzos a las guerras exteriores. Según Jenofonte (*Helénicas*, IV, 4, 15), desde 390 en adelante, ya ninguna ciudad utilizó para las grandes campañas más que fuerzas mercenarias³⁷. Por otro lado, por muchos motivos, la existencia de fuerzas mercenarias repercute en las relaciones entre guerra externa y política interna, que a lo largo del siglo IV, se hacen cada vez más complejas. El Poliorcético de Eneas Táctico constituye una lectura muy ilustrativa en este sentido. Más complejidad adquieren tales

³⁵ C. Pecorella Longo, «*Eterie* e Gruppi politici nell'Atene del IV secolo a.C. (Università di Padova. Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia, vol. XLVIII), Florencia, Olschki, 1971, pp. 20-22.

³⁶ F. L. Vatai, *Intellectuals in Politics in the Greek World*. Londres, Croom Helm, 1984, pp. 108-9.

³⁷ L. P. Marinovic, *Le mercenariat grec et la crise de la polis* (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 372). París, Les Belles Lettres, 1988, p. 55.

relaciones cuando tenemos en cuenta el otro factor ya mencionado: la tendencia a la formación del poder personal dentro de las ciudades griegas y en la Hélade en su conjunto ³⁸.

Como autor literario, Jenofonte es especialmente sensible a las repercusiones intelectuales que provoca el desarrollo del papel de los individuos en el terreno político, hasta el punto de que a él se le atribuyen ³⁹ algunos de los pasos dados en favor de la creación de la biografía como género específico. El perfil con que se delinea la figura del héroe personal apto para obtener un poder de tipo monárquico presenta en él muchas ambigüedades con rasgos que van desde la basileia tradicional griega a la monarquía oriental de tipo persa. Pero, sobre todo, es posiblemente la imagen de la realeza espartana la que desempeña un papel mayor en la configuración de su proyecto político. Entre la República de los Lacedemonios y la Ciropedia existen importantes diferencias, pero ambas obras responden a un proyecto similar. En la Ciropedia la búsqueda de la realeza con rasgos orientales se pone al servicio de las transformaciones propias de la sociedad griega ⁴⁰. La imagen regia, mejor definida gracias a la libertad de expresión producida por el ropaje exótico, configura la realeza griega como institución superpuesta por ello mismo a las sociedades orientales, desde el momento en que Ciro el Grande se define con rasgos que, al mismo tiempo, no son contradictorios con los de un jefe griego. En la Anábasis es el propio Jenofonte quien se define como posible jefe carismático y salvador, conductor de tropas mercenarias y programático fundador de colonias exteriores, propias para solucionar los problemas económicos de las masas de las ciudades griegas, que son las mismas que proveen los ejércitos mercenarios. También en Ciropedia (VIII, 1, 22) se plantea el problema de las relaciones del jefe monárquico con la ley: el buen gobernante es ley viva, aunque se crea en el carácter beneficioso de la ley escrita. Sin duda, ahí puede considerarse el carácter divino del rey. Éste, cuando funciona como juez, las hace porque la divinidad le ha concedido, a través de las victorias, el actuar según su voluntad, sin necesidad de juicio (III, 1, 6). La conquista acrecienta el poder personal y las prerrogativas sobre cosas y personas (*chrémata* y *sómata*). El apoyo de la realeza se halla en la victoria, que se consigue con apoyo divino, pero también gracias a la lealtad de las tropas mercenarias, las cuales a la vez se consiguen gracias a la riqueza para poder pagarles y al carisma que trae consigo la victoria. El círculo se autoalimenta.

Si Ciropedia representa la creación de un modelo, la obra general de Jenofonte ve precisamente en ese modelo, en el persa, aquello que se desea

³⁸ C. Mossé, «Le rôle politique des armées dans le monde grec à l'époque classique», en J. P. Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, Mouton, 1968, 221-9.

³⁹ A. Momigliano, «History and Biography», en M. I. Finley, *The Legacy of Greece*. Oxford. Clarendon Press, 1981, pp. 168 ss.

⁴⁰ J. J. Farber, «The *Cyropaedia* and Hellenistic Kingship», *AJPh* 100, 1979, 497-514.

conquistar por los griegos. El proyecto, para éstos, consiste en la utilización de la realeza para llevar la guerra a Asia y no gastar así los recursos de los griegos. Éste es el proyecto que, según Jenofonte, anima las empresas de Agesilao, en Agesilao, 1, 8. Es un proyecto contrario al imperio ateniense, que se ejerce sobre las ciudades griegas y provoca gastos entre griegos, con la *syntaxis*, e incluso entre los mismos atenienses, con la *eisphorá*. En el proyecto alternativo que se lee en la *Anábasis*, los mendigos (*ptochoi*) se convierten en *xenoi* por necesidades militares, pero con posibilidades de convertirse en colonos, gracias a la dirección de un oficial de clase alta como Jenofonte mismo ⁴¹. La guerra y las necesidades internas de las ciudades se satisfacen mutuamente, de acuerdo con este esquema.

Así, resulta que dentro de Grecia es la realeza espartana la que en definitiva se convierte en modelo, pues conserva los rasgos tradicionales propios de la aristocracia antigua, es decir, está próxima a la *basileia* heroica, modelo de los *aristoi*. Las transformaciones recientes del régimen pueden crear ciertas dudas, pero, en definitiva, tales son las que permiten las innovaciones que hacen de él un posible modelo generalizable al resto de Grecia, como es por ejemplo la introducción de ejércitos mercenarios. Jenofonte se mueve entre Persia y Esparta, en busca de un sistema capaz de satisfacer las exigencias de la oligarquía en la crisis del siglo IV, y pretende encontrar para ello un asiento ideológico que sea coherente con la mentalidad tradicional de esa oligarquía.

Tradicionalmente, sin embargo, desde la época arcaica, el poder personal se había identificado con la imagen del tirano. Desde un lado o de otro, desde la aristocracia o desde la democracia, la tiranía había sido combatida y su figura convertida en objeto de los peores reproches. Después de un período de práctica ausencia de tiranos en la Grecia propiamente dicha, a lo largo del siglo V, identificados con la colaboración con Persia y con la misma realeza oriental, en el siglo IV vuelve a aparecer en varias ciudades griegas la figura del tirano o, por lo menos, a apreciarse el peligro de su existencia. Sus fundamentos estuvieron, en gran medida, en los poderes que confería el mando sobre tropas mercenarias ⁴². Los mismos métodos que pueden servir para mantener la paz en la ciudad y para orientar la conflictividad hacia los territorios ajenos a los griegos tras conseguir la unidad de las ciudades pueden llevar también a la tiranía, sistema caracterizado tradicionalmente por su apoyo en el *demos*. Los sistemas como tal, más que por los rasgos políticos, se diferencian entre sí gracias a los fundamentos sociales de cada uno de ellos. Sin embargo, en el siglo V, y en el mismo siglo IV, subsiste en Siracusa una forma de tiranía que reviste caracteres un tanto peculiares, y que eran observados en gran medida como una forma de continui-

⁴¹ A. R. Hands, *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres, Thames and Hudson, 1968, p. 69.

⁴² C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, Paris, P.U.F., 1969, pp. 93 ss.

dad entre uno y otro siglo ⁴³. La tiranía de Siracusa y, concretamente, Hierón reciben los elogios de un poeta aristocrático como Píndaro. Hierón queda así enmarcado dentro de las tradiciones que lo identifican con los antiguos aristócratas, vencedores de los juegos y generosos en el momento de llevar ofrendas a los santuarios arcaicos. El tirano siracusano recoge las tradiciones aristocráticas de la antigua *basileia* y su papel quedará definido de un modo ambiguo, entre el rey y el tirano ⁴⁴. Resulta bastante significativo, por lo tanto, que Jenofonte haya elegido la figura de Hierón como protagonista de un diálogo que trata de la tiranía, donde se intenta manifestar la doble faz de la institución en un momento como el de la crisis de la ciudad y del desarrollo del poder personal apoyado en los ejércitos mercenarios. Estos dos, mercenariado y poder personal, son los temas clave del diálogo, en relación con la ciudadanía y con la realeza respectivamente. También es significativo el planteamiento del diálogo como estrategia de la argumentación política. En una primera parte, representada por los capítulos I-VIII, ante la visión popular de la tiranía, Hierón responde al poeta Simónides con un retrato absolutamente negativo, expuesto desde el punto de vista del tirano mismo. La relación con los mercenarios, por ejemplo, puede constituir un peligro, no sólo para los ciudadanos (V, 3), sino también para el tirano (VI, 11). En los tres últimos capítulos, sin embargo, es el poeta el que expone los lados positivos, consistentes en las ventajas que se pueden obtener de la tiranía si se utiliza en favor de la ciudad. El método usado por Jenofonte le permite mayor efectividad al exponer la solución ⁴⁵, porque, además, tales ventajas aparecen en contraposición, no sólo a la visión negativa del tirano, que puede proceder de la tradición ciudadana, sino también frente a la visión positiva, procedente de la identificación del tirano con el demagogo y con el monarca feliz que ya había sido objeto de controversia en diálogos como el de Solón y Creso de Heródoto ⁴⁶, y que cargaba sobre sí los rasgos del déspota orientalizante. Ahora se atribuye al tirano la posibilidad de tomar medidas favorables a la ciudad de Atenas, similares a las planteadas en los *Poroi* ⁴⁷.

Tiranía y realeza oriental son, cada una por su cuenta, objeto de rechazo. Sin embargo, ambas, con el debido distanciamiento temporal y geográfico, Hierón y Ciro, Sicilia y Persia, se convierten en modelo de lo que puede realizarse en la ciudad griega para salvarla de la crisis. A través de ellas, el mercenariado, instrumento para reforzar el poder personal, se transforma también en un cauce para encontrar solución al problema de

⁴³ M. Sordi, «Lo Ierone di Senofonte. Dionigi I e Filisto», *Athenaeum* 58, 1980, 3-13.

⁴⁴ J. Hatzfeld, «Note sur le date et l'objet de l'*Iéron* de Xénophon», *REG* 56-60, 1946, 47, 54-70; ver. C. Mossé, *La tyrannie*, pp. 84-85.

⁴⁵ V. J. Gray, «Xenophon's *Hiero* and the Meeting of the Wise Man and Tyrant in Greek literature», *GQ* 36, 1986, p. 123.

⁴⁶ *Id.*, pp. 119 ss.

⁴⁷ J. Hatzfeld, Note, p. 57.

las poblaciones empobrecidas, con el objeto final de llegar a la creación de colonias ⁴⁸.

IV

El criterio diferenciador es la ley, según el Sócrates de Memorables (IV, 6, 12), en un párrafo que, en cierto modo, se sitúa al margen de la argumentación propia del capítulo en que está inserto. Basileia y tiranía se diferenciaban en que la primera era aceptada por los hombres y se sometía a las leyes y la segunda actuaba contra éstas. Junto a ello, se considera, paralelamente, que en la aristocracia las magistraturas se nombran según la leyes mientras que en donde se realizan según la riqueza es plutocracia y donde entran todos democracia. Basileia y aristocracia son los regímenes legales. La situación de la democracia queda ambigua ya que se sale fuera del paralelismo expositivo y no se nombran las leyes con respecto a ella ⁴⁹. Es preciso, desde luego, tener en cuenta el carácter de la obra, como defensa de Sócrates y del Socratismo ⁵⁰, en tanto en cuanto es también defensa propia ⁵¹. Con todo, el resultado es, al mismo tiempo, una exposición socrática y una exposición propia, donde, de acuerdo con el finísimo análisis de L. Rossetti ⁵², es posible estudiar parcialmente el pensamiento socrático, pero también la reacción de Jenofonte ante la realidad, donde también está presente, sin duda, la herencia socrática. Jenofonte se comporta como un heredero de Sócrates ⁵³, con personalidad propia e hijo de su propio tiempo. Desde la muerte de Sócrates, las circunstancias biográficas de Jenofonte y las históricas de Atenas han sido lo suficientemente complejas para alterar las posibles perspectivas ante los problemas políticos y sociales; Rossetti ⁵⁴ observa que en la vida de Sócrates se han producido diversas experiencias referentes a los tiranos. Jenofonte, no sólo recoge tales experiencias, sino que, en el momento de emitir un juicio, ha de sentirse influido por las propias y por las vicisitudes históricas que se reflejan en las *Helénicas*. La herencia socrática no es sólo la transmisión de sus ideas, sino también su adecuación a los tiempos variables de acuerdo con un marco ideológico y lingüístico ⁵⁵. A Sócrates lo acusaban de enseñar a sus

⁴⁸ P.G., «Van Soesbergen, colonisation as a solution to social-economic Problems in Fourth-Century Greece», *AncSoc.* 13-14, 1982-83, 131-145.

⁴⁹ J. de Romilly, «Le classement des Constitutions d'Hérodote à Aristote», *REG* 72, 1959, p. 89, no entra en tales matices.

⁵⁰ A. H. Chroust, *Socrates. Man and Myth. The Two Socratic Apologies of Xenophon*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957, p. 5.

⁵¹ D. I. Rankin, «Socrates, an oligarch?», *ACI* 56, 1987, 68-87.

⁵² L. Rossetti, «La 'Questione Socratica': un problema malposto», *Rivista critica di storia della Filosofia*, 1, 1983, 3-24.

⁵³ W. E. Higgins, *Xenophon, the Athenian, the Problem of the Individual and the society of the Polis*, Albany, State University of New York Press, 1977, p. 14.

⁵⁴ *Citado*, p. 14, n. 11.

⁵⁵ *Id.*, p. 21.

acompañantes a ser «malhechores y tiránicos» (*Mem.* I, 2, 56). Era preciso establecer una defensa ⁵⁶, pero ésta tenía necesariamente que ser coherente con el Socratismo. A pesar de las características de la restauración democrática no era de recibo llegar a una definición de Sócrates como demócrata. De hecho, la réplica ante la acusación de haber formado a personajes como Critias y Alcibiades consistía en que cada uno, según Jenofonte (*Mem.* I, 2, 12), siguió caminos al margen de Sócrates, uno hacia la oligarquía, otro hacia la democracia. Se trata de realizar un quiebro para salirse de ambas posturas. De la primera, por el desprestigio adquirido por la oligarquía de los Treinta. También Platón quiere desvincularse de ellos ⁵⁷. La democracia se estaba definiendo de nuevo después de 403. Las tensiones existentes permitían un amplio margen a la definición misma. El Socratismo tiende a la confusión en este terreno. En Memorables IV, 2, 37-39, Sócrates quiere demostrar las dificultades existentes para definir qué es el demos. Si se acepta que es el pobre y que pobre es el que más necesita, terminaría perteneciendo al demos el tirano más ambicioso. Con sus presupuestos legales, Sócrates se opone tanto a la oligarquía, cuando desobedece la orden de capturar a León de Salamina, como al demos, en el juicio de Arginusas (*Mem.* I, 1, 18).

El Sócrates de *Memorables* se define como perfectamente integrado en la ciudad y obediente a las leyes. También Pericles se adecuaba a las leyes, pero las suyas eran el producto de la obra legislativa del *plethos* (I, 2, 34-42). Alcibiades, heredero y admirador de Pericles, es producto del régimen democrático, no de la educación socrática. Frente a los *demegorikoi* y *dikanikoi* (I, 2, 48), la educación socrática forma otro tipo de político: el que se adecua al *nómos* en su nueva concepción práctica y teórica, el que, sin solución de continuidad, se preocupa del oíhos tanto como de la polis ⁵⁸. En III, 7, se critica a Cármides por alejarse de los problemas comunes, como el Hipólito de la tragedia ⁵⁹. En II, 9, Critón se queja de las dificultades que tiene en Atenas el que quiere «ocuparse de sus asuntos» ⁶⁰. Jenofonte, a través de Sócrates, sobre todo en II, 4, 10, aconseja intervenir en política para evitar la acción de los demagogos y hacer de la política una proyección del *oikos*, para favorecer a la polis pero también a los amigos, y crear en ambos niveles relaciones de reciprocidad ⁶¹. En la democracia restaurada y, sobre todo, en la Atenas derrotada en la guerra social, Jenofonte aconseja medidas económicas propias de la administración del *oikos*. Se trata de dar un nuevo impulso a la participación activa de la oligarquía, de la *hetairía*, dentro del sistema legalmente reconocido como democrático. La

⁵⁶ I. Rankin, «Socrates», p. 79.

⁵⁷ D. Plácido, «Platón», *cit. supra*.

⁵⁸ L. Strauss, *Xenophons Socrates*, Londres, Cornell University Press, 1972, p. 18.

⁵⁹ D. Plácido, «De la muerte de Pericles a la *stasis* de Corcirca», *Gerión* 1, 1983, 131-143.

⁶⁰ L. B. Carter, *The Quiet Athenian*, Oxford, Clarendon Press, 1986, pp. 111 ss.

⁶¹ F. Vannier, *Finances publiques et richesse privées dans le discours athénien* (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 362), Paris, Les Belles Lettres, 1988, pp. 183 ss.

excelencia política que así se pretende alcanzar es, según Sócrates, en *Memorables*, IV, 2, 11, digna de los reyes y se llama *basiliké*. Los términos de la realeza, frente a la tiranía, pero también frente a la democracia como demagogia, quedan así asumidos en una ciudad dominada por leyes definidas como democráticas, pero emitidas a través de los nuevos medios de control, con los que se pretende que los «mejores» eviten que manden los «malos» (II, 6, 24 ss.). El individuo se integra en las leyes de la *polis*⁶², el gobernante individual se identifica con la colectividad de los *amigos*. Ni los ejércitos mercenarios, ni la tendencia a admirar al aspirante a un poder personal arrastra a Jenofonte a prescindir de la *polis*. Sólo en ésta sigue estando presente la posibilidad de subsistencia del sistema, cuando se consigue el control social sin necesidad del imperio que ha llegado a convertirse en fuente de conflictos. En los *Poroi* se trata de garantizar la *trophé* del demos sin necesidad de imperio⁶³, conservando el sistema monetario adecuado a una polis ya prácticamente irreal y a las estructuras tradicionales de la comunidad. El sistema político se define en estos otros escritos como en las *Memorables*, donde prácticamente no se citan los esclavos⁶⁴. El *misthós* cívico se asigna gracias a las disposiciones de una política que usa el control para garantizar la concordia. Pero el *misthós* se define en *Memorables*, así como en Apología, 16⁶⁵, como un modo de autoesclavización.

V

Cuando Jenofonte desciende a las realidades cotidianas, al *oikos* propiamente dicho.⁶⁶ se revela aún más claramente que las relaciones de reciprocidad en la ciudad quedan sustituidas por relaciones de dependencia en que la esclavitud desempeña el papel de forma de explotación dominante. Para los individuos de su clase, para los caballeros, el funcionamiento de la ciudad democrática ofrece muchas dificultades. No es extraño que, al mostrar la defensa de Sócrates, la adhesión de éste a la ciudad pase por una deformación de la realidad de la *polis*. Lo que Sócrates ha representado es una *polis* con predominio de los amigos oligarcas, enmarcada en las leyes, alteradas en su funcionamiento y en su forma de promulgarse después de la restauración. El modo adecuado de servir a la ciudad, para Jenofonte (Ec. V, 5-6)⁶⁷, se realiza a través del ejercicio de la caballería alimentada por la

⁶² W. E. Higgins, *Xenophon*, p. 25.

⁶³ F. Vannier, *Finances*, p. 189.

⁶⁴ L. Strauss, *loc. cit.*

⁶⁵ E. Will, «Notes sur le *misthós*», *Le monde grec. Hom à C. Préaux*. Ed. de l'Université, Bruselas, 1975, p. 431.

⁶⁶ S. Vilatte, «La femme, l'esclave, la cheval et le chien: Les emblèmes du *Kalos Kagathós* Ischomaque», *DHA* 12, 1986, 271-294.

⁶⁷ J. K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley. Los Ángeles, University of California Press, 1961, p. 99. Cf. *Hunting in the Ancient World*, Berkeley. University of California Press, 1985, p. 19.

agricultura, el del mismo tipo de personas a quienes se dirige el Cinegético, donde también está presente el problema de las relaciones entre lo público y lo privado (XII, 11) y del paralelismo entre amigos y ciudad (XIII, 17), temas recurrentes también en *Hípico* e *Hipárquico*.

Asimismo, el *Banquete* es escenario de la actuación, en otra faceta, con otros matices y en otro ambiente, del perfecto caballero ⁶⁸.

VI

Los problemas económicos y sociales no constituyen preocupaciones directas de los historiadores antiguos, pero sin duda están presentes cuando manifiestan interés por las transformaciones de las colectividades humanas y de los individuos que las protagonizan. Su presencia, sin embargo, no es transparente, sino que se esconde sobre todo detrás de los fenómenos propios de la vida política, de los conflictos entre ciudades y estados, de las instituciones dominantes y de las colectividades organizadas, de la realeza o de la democracia, de la polis o del dominio territorial. Jenofonte personalmente participó en una serie de experiencias históricas de enorme riqueza, como síntoma de las transformaciones que se producen en Atenas y en Grecia, e incluso en Persia, en la primera mitad del siglo IV. A partir de la derrota de la Atenas imperialista, y de la experiencia intelectual de los círculos socráticos, donde debió de notarse de un modo especial la confluencia de las reacciones contrapuestas posteriores a la guerra, Jenofonte entra en contacto muy intenso con los persas y los espartanos, conoce los sistemas regios alternativos a la polis democrática, pero también el fracaso, principalmente el de la hegemonía espartana, que se desenvuelve paralelamente al crecimiento de las nuevas aspiraciones atenienses ⁶⁹. Desde el punto de vista interno, la solución oligárquica desemboca en el enfrentamiento entre Terámenes y Critias. Ahora bien, cuando Jenofonte se opone a Critias no lo hace como oligarca, sino, como Platón ⁷⁰, porque ha actuado contra los oligarcas y las clases que los apoyan. De tal modo es así que, cuando Critias colabora con los oligarcas tesalios (Filostrato, *V Soph.* I, 16, 502), en boca de Terámenes, en *Helénicas* II, 33, 6, se convierte en una colaboración con los peneses, en una acción contada con mayor imparcialidad en *Memorables* I, 2, 24 ⁷¹. Tanto la oligarquía como la democracia imperialista crean problemas internos a las «gentes honestas» de la ciudad. Aquí nos encontramos con una primera aporía, política, en la actitud de Jenofonte. En definitiva, en

⁶⁸ L. Strauss, *cit.*, p. 143.

⁶⁹ J. T. Chambers, «The IV century athenian View of their V century Empire», *PdP* 30, 1975, pp. 180-1.

⁷⁰ D. Plácido, «Platón», *citado*.

⁷¹ M. Sordi, *Le lega Tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, Studi Publicati all'Istituto italiano per la Storia Antica. 1958, p. 142; S. Usher, «Xenophon, Critias and Theramenes», *JHS* 88, 1968, 128, 135.

los sistemas políticos se trata de encontrar lo más favorable para la clase de los caballeros a la que pertenece. Pero el estado óptimo para ellos se encuentra en estos momentos en situación crítica. La situación política interna y la guerra entre ciudades son los obstáculos aparentes que impiden su mejora.

Después de un período de cierta polémica, ya se admite que al siglo IV no puede aplicarse el concepto de la decadencia, pero la palabra crisis sí se ha hecho aceptable porque se ha cargado de un contenido un poco diferente: el que sirve para reflejar un proceso conflictivo de transformación que no lleva necesariamente a una reducción en términos cuantitativos absolutos desde el punto de vista económico. Incluso se admite lo contrario ⁷². La crisis como decadencia era una visión propia del clasicismo moderno. Ahora bien, también los atenienses antiguos percibían los problemas que pudieran afectarles como consecuencia de las transformaciones existentes, que, como el efecto de la pérdida del imperio, de los conflictos entre ciudades, afectaban a las formas de explotación. Tucídides vio, y lo reflejó a través de un discurso histórico más o menos enmascarador, que en la guerra del Peloponeso se producía la esclavización del libre y que con la victoria o la derrota el demos ateniense se jugaba su libertad. El proceso de esclavización interna después de la guerra se mostró, sin embargo, conflictivo. En términos simplistas, la tensión entre la supeditación y la resistencia del demos a la dependencia constituye el fundamento de los conflictos del siglo IV. El intento de explotación interna provoca problemas internos, pero el intento de recuperar el imperio para evitar la explotación también provoca problemas internos. Tales son, en síntesis, los términos de la crisis en el aspecto social y económico.

Se trata, para Jenofonte, de conservar los privilegios sin crear conflicto, sin imperio y sin sumisión interna. El jefe de mercenarios puede transformarse en tirano. En el libro VI de las *Helénicas*, la figura de Jasón representa la preocupación de Jenofonte por todo aquello que se está fraguando como poder personal, con los aspectos positivos del control continental y de la existencia de los penestes dependientes, pero también con un final al parecer inevitable en la tiranía ⁷³. Las prácticas del jefe mercenario también crean conflictos internos, porque, además, tienden a apoyarse en el demos. Con todo, historiográficamente, el individuo es el que posee el protagonismo. Muerto Epaminondas, los tebanos perdieron la batalla. Su concepción histórica es evidentemente individualista, pero el sistema que trata de conservar es el representado por la polis tradicional que es donde puede ejercer su poder el jefe individual, dedicado a la caballería, a la caza y a la agricul-

⁷² Ver, principalmente, J. Pečírka, «The crisis of the Athenian polis in the Fourth Century B.C.», *Eirene* 14, 1976, 5-29; C. Mossé, «La vie économique d'Athènes au IV^e siècle: crise au renouveau?», *Praelectiones Patavinae*, recollecte da F. Sartori, Roma, L'Erma, 1972 (Univ. di Padova. Pubbl. dell'Ist. di Storia Antica), 135, 144; F. Càssola, «La polis nel IV secolo: crisi o evoluzione?», *Athenaeum* 54, 1976, 446-462.

⁷³ S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1974 (4^a ed.), I, pp. 353-4.

tura. Aquí aparece la segunda aporía historiográfica de Jenofonte, entre la polis y el poder personal, que, por otra parte, afecta a la política externa: guerra o alianzas, conquista o autarquía. El poder individual, incluso el de los reyes espartanos situado como modelo en el caso de Agesilao, va unido a la conquista. Se trata de definir cuál es la conquista válida, de acuerdo con las transformaciones de las formas de explotación. Para evitar el conflicto interno de la ciudad y la guerra entre ciudades que repercute en el primero, la acción militar ha de llevarse hacia los bárbaros y evitar así la esclavización entre griegos (I, 6, 14). La solución estaría en la alianza entre ciudades, entre Atenas y Esparta especialmente. El problema está en que la paz sólo se consigue con la intervención del rey, contra quien debía enfocarse la acción común de los griegos. De nuevo nos encontramos con una aporía en Jenofonte.

El sistema productivo requiere la conquista externa para asegurar su subsistencia dentro de la polis. Las condiciones para la realización de este proyecto chocan con las estructuras mismas de la polis. La reacción está representada por un intento político de variado signo que trata de recuperar idealmente una realidad pasada. La historia del siglo IV viene a ser la de la irracionalidad ⁷⁴, la que lleva a la carencia de análisis histórico y a la consideración de que todo el conflicto terminó en el vacío y la inutilidad. Las transformaciones a que aspira Jenofonte y las que tuvieron lugar en Atenas van por diferentes caminos. La capacidad de análisis de Jenofonte queda en la anécdota. El conflicto básico queda anulado, no enmascarado, tras la narración sucesiva. El discurso contrapuesto de Tucídides queda sustituido, en la retórica presente en la obra, por la pura expresión de las alabanzas o reproches ante la coyuntura política ⁷⁵.

⁷⁴ F. Chatelet, *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historique en Grèce*, Paris, Ed. de Minuit, 1962, p. 308.

⁷⁵ M. Sordi, «I caratteri dell'opera storiografica di Senofonte nelle Elleniche. II. Le Elleniche como opera storica», *Athenaeum* 29, 1951, 273-348; J. Bulkler, «Xenophon's Speeches and the Thebas Hegemony», *Athenaeum* 60, 1982, 180-204.